

REVISTA IBÉRICA

AÑ. I.

MADRID 20 DE AGOSTO DE 1902.

NÚM. 3.

Poesía de las Catedrales góticas

Sabido es que en la época romántica de la arqueología estuvo muy de moda —y por lo común era el único punto de vista de los arqueólogos— explicar la arquitectura ojival como el resultado simbólico de las aspiraciones ideales contemporáneas, cuya orientación religiosa venía á plasmarse en las altas bóvedas de las Catedrales, en los arcos apuntados, en las agujas de finísima labor, en los remates de los pináculos, en las líneas todas del edificio que se elevan al cielo y que tan vivo contraste ofrecían con las del romántico achaparrado y macizo.

Hoy día esta explicación parece pueril, y ha quedado relegada á la categoría de tópicos oratorio de algunos obispos y congresistas poco versados en la historia del arte. No sucede lo mismo con la decoración. Su simbolismo es exacto y obedece á un método. Un escritor francés, M. Mále, recogiendo, sistematizando y completando estudios anteriores, acaba de demostrar (1) que, por lo que á ella se refiere, guiaron al arte las tradiciones de la Iglesia medioeval y el pensamiento de los teólogos, á lo menos hasta el siglo XIII. Bajo inspiración de aquéllas y de éstos, la Catedral gótica se convierte en una «Suma», en una enciclopedia del saber y el creer de entonces. Los escultores, los pintores, los vidrieros, siguen la doctrina de Santo Tomás, Vicente de Beauvais, Jaime de Voragine, Guillermo

Durand, Dionisio Areopagita y otros escritores. El lazo íntimo que unía la ciencia, la religión y el arte, se muestra visible punto por punto, de una manera concreta; y la poesía de esa decoración docente, de esas pinturas y esculturas que obedecen á una tesis, en vez de aminorrarse cobra mayores vuelos, al iluminar su realismo con la poderosa idealidad de una fe candorosa y una ciencia llena de tradicionales fantasías.

Pero hay otra fuente de poesía en la Catedral gótica que ningún libro ha puesto todavía en relieve. Es la poesía del esfuerzo mental de los constructores, la que va envuelta en el problema técnico de aquella arquitectura, la que debe considerarse como madre y creadora de todas las demás.

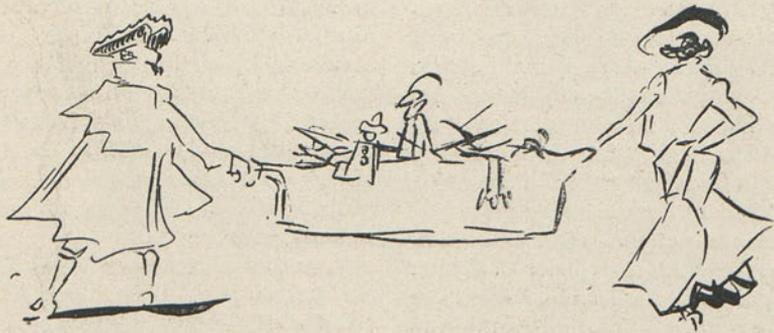
Por encima de todo el simbolismo, de toda la riqueza decorativa de los templos ojivales, están para mí las intuiciones y los cálculos maravillosos que permitieron levantar aquellos edificios sin muros, aquellas bóvedas que parecen sostenerse en el aire, y que ligan, con un sistema de fuerzas admirablemente estudiadas, las partes todas, hasta las menores piezas de la construcción. La posibilidad, la ocasión misma de los adornos, dependen muy á menudo de ese mismo sistema; y lo que parece fantasía, exuberancia de decoración, es, á veces, un recurso para tapar, para disimular hábilmente huecos y líneas arquitecturales que dañarían á la belleza del conjunto, ó para auxiliar de otro modo al

(1) *L'Art religieux du treizième siècle en France*. Paris, 1902.

arquitecto. Antes que en los finos cinceladores de la piedra, pienso yo siempre en aquella legión de oscuros artistas, cuyos nombres no conserva la historia, que lentamente fueron restaurando la ciencia matemática y el saber constructivo, y en sus tanteos — que á veces han dejado huellas indudables — para transformar los modestos edificios del siglo IX, las oscuras iglesias románicas del X y el XI, en las luminosas Catedrales del XII y el XIII. Los veo haciendo ensayos de pilas nuevas, arranque de nuevos arcos que permitirán modificar la bóveda; los veo estudiar el contrafuerte y la elevación de los muros para dar ligereza á éstos y más luz á las naves; los veo detenidos por la falta de materiales en la localidad, ó esforzándose por apropiarse los que encuentran, cuyas condiciones les sugieren ideas imprevistas; los veo equivocarse, caer en la desesperación por los fracasos repetidos, suplir con el ingenio los huecos de una ciencia todavía joven, brillarles los ojos de alegría por un éxito que hoy consideraríamos insignificante y que, sin embargo, era la condición para otros mayores; leo la historia de sus afanes, de su lucha con la masa y las fuerzas en esos edificios que alguien llamó de «transición», donde á los elementos románicos puros se mezclan otros reveladores de tendencias aún no bien definidas; los adivino, á través

de su anónimo, en esa lenta evolución de la arquitectura, muchos de cuyos eslabones intermedios se han perdido ó aguardan todavía quien los estudie, que, aspirando á reanudar el arte clásico, produjo, arrastrada por las necesidades de los tiempos, por el germen de orientación nueva que bajo su capa romana llevaban los siglos medios, ese arte ojival, tan alejado del Capitolio. Y en todo ello me enamora la poesía del trabajo, la poesía de la investigación persistente, genial á veces, la voluptuosidad inefable del triunfo... También en esto son las Catedrales del siglo XIII una enciclopedia y una Suma: la enciclopedia del saber matemático, del arte arquitectural, del ingenio constructivo, lentamente acumulados siglo tras siglo; la Suma de todos los esfuerzos individuales, condensados gloriosamente en esas obras que serían menos grandes si fueran hijas de un momento de inspiración, sin lucha y sin antecedentes. Visto así el arte ojival, los esplendores todos de la decoración quedan convertidos en un homenaje que las artes hermanas rinden al triunfo del arte y la ciencia de aquellos arquitectos á quienes se debe el armazón en que habían de lucir poderosamente el realismo simbólico de pintores y escultores.

Rafael Altamira.



SOLOS

PIERROT.—Preciso es que me quieras, porque si no la noche será toda calamidades... Nieva... No tenemos dinero... Se ha acabado el vino... Que me quieras por una noche, aunque luego tenga yo que colgarme este recuerdo entre mis escapularios y besarlo á solas—pena—el resto de mi vida. Bien ves que sé lo que pido.

COLOMBINA.—Pides muy poco.

—¡Oh! ¡Si yo me atreviera!...

—Pides un imposible. Colombina no ha entregado nunca pequeñas sumas. Ha dado todo su oro.

—Si no lo ha tenido nunca...

—Ha dado su corazón... Pero... todo su corazón.

—No te pido yo tanto por esta noche...

Todavía...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—¡Imperiosamente! Iba á empezar á

representarte una excelente *soirée* debida á nuestros corazones, á nuestra juventud. Te iba á decir que todavía... pero no...

—¡Oh!, acaba. Te confieso que estoy curiosa.

—Todavía podíamos ser felices algunas horas más. Pero tú no quieres...

—¿Y quién te ha dicho que no quiero?...

—Nadie. Pero yo lo sé. Mira. Aún arde el carbón de esa chimenea. Aún el espíritu de la soledad nos quiere y nos protege. Parece que hasta el color de tu alcoba nos aconseja tiernamente... Pero, ¡bah!

—¿Qué?

—Que todo esto lo veo yo y tú no...

—Sigue.

—Ahora me cuesta trabajo...

—Sigue; yo hablaré cuando tú acabes.

—¡Muy seria! Un beso...

—Aún no.



—¿Ves?

—Sigue...

—Me dejo caer á tus pies. Así. En este almohadón. Abrazo tus rodillas. Mas alto... Algo más. Quisiera envolverte en este abrazo tan humilde, que no pasa de tu cintura. ¿Calor? ¡Si soy yo el que tiembla de frío!... Pues decía...

—Di.

—Sí. Que todo nos convida á amar-nos esta noche. Que fuera aulla el viento, cae la nieve, que no se puede ni pensar más allá de esa puerta sin morir-se de frío, que esta habitación parece he-cha, surgida en este momento y para nosotros, que es tibia y rosa como tu carne; que mi frente abrasa de lujurias deliciosas —pon tu mano, ¿ves?— y que, como todo está tan bien dispuesto que parece que Dios quiere, tiene que haber algo en contra que lo impida todo.

—Nadie.

—¡Oh! Nadie. ¡Hasta eso! Tus adora-dores se han helado y no vienen hoy á dejar su oro. Es nuestra noche... Pero...

—Basta. Pobre Pierrot, basta. Eres tú. Bien te reconozco. Cuando no hay qué robar no sabes qué hacer. No crees en

la posesión de nada que no te nieguen. Lo tuyo propio es para ti lo más ajeno.

—Pero...

—Sí, Pierrot. Tu leyenda de niño ter-rible, es falsa... pobre niño mío...

Esta es la noche nuestra, y soy yo quien la he preparado. Nuestra señora la luna me ha mandado la nieve y el frío que te hacen amar mi cuarto. Mis adoradores no vendrán, y yo sé bien por qué. Y en cuanto al vino y al dine-ro... ¡Mira!...

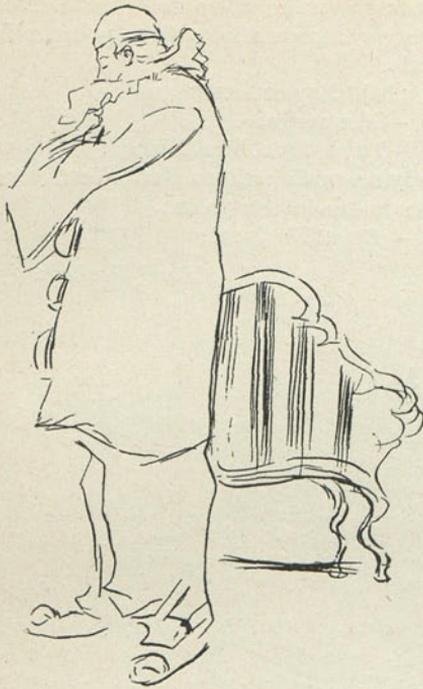
Ya sé que tus mujeres no hablan así. Y en tu cara blanca y embobada leo la mayor de las sorpresas. Pero es preciso que te lo diga todo. Ven, bebamos y óyeme. Es tu alma, ¿sabes? A ver, mu-cho silencio.

—¡Te adoro, te adoro, te adoro!

—Pobre Pierrot. ¿Tienes ganas de comer? Comes. ¿Quieres algo? Lo arrebatas y huyes derribándolo todo y á pique de matarte... Pero ¿y cuándo te lo dan? Cuando no tienes ni que pedirlo... Ahí te estás con la cara embobada y blanca, levantando imposibles delante de tu amada y sin saber qué hacerte.

—Te contaré mi historia.





—Te contaré tu historia...

Desde muy niño tienes tú para la vida esos grandes ojos abiertos y asustados. Aquí es del látigo de un cochero—gran señor—de quien hay que librarse; más allá del guante de un *sergot*, tu supremo juez. Tu cuna, el *faubourg*, lleno de barro y fermentando la vida callejera. Sin casa, te acogiste al primer rincón abrigado por derecho de conquista.

—De allí me arrojaron.

—Sí. ¡Crueles!

—Y me lo negaron todo, á mí que todo lo ansiaba.

—Y desde entonces fué preciso aguzar el ingenio y más aún las manos y los pies...

Un goce enfermo robado aquí... Una joya hurtada más allá para la mujer codiciada, que quería perlas... ¡Oh!, y lo conseguiste todo... Poco á poco te hiciste á la vida de cazador furtivo, y llegaste á ocupar tu puesto en el banquete. Pero jamás el mismo, porque nunca lo

hubo para ti, mi pobre Pierrot, y tenias que escamotearlo tú mismo.

—Sí. Mas yo creo...

—Tú crees... No. Yo te he visto rezar á la luna las noches de nieve, las noches blancas, y llorar lágrimas que se helaban en tu mejilla pintada; rezar á la luna, señora impasible del amor y los crímenes...

—¡Colombina!

—Sí; para ti, el triunfo es el descuido de los otros; tu sitio, el que usurpas; tu vida, un carnaval enfermo en que la amargura y la desvergüenza y el amor, se amalgaman sin entenderse. El corazón de las mujeres te ofreció ancho campo para robar. Has substituído á muchos honrados y nobles caballeros con un beso perverso. Tus miradas son llaves ganzúas, y tus caricias, hechas á prisa, tienen estremecimientos de venganza. Oprimes mucho en un instante, porque luego hay que huir...

—¡Qué importa! Te adoro.

—Sí me quieres... Pero no sabias que yo te entendiera tan bien. Y me has llamado loca muchas veces... ¡Yo loca! Sí...



Pero déjame acabar. No seas tú más loco que yo...

—Dimelo todo.

—Te conozco. Aquí no hay dificultades que vencer. De aquí no te arrojan. Y si estás triste, no te obligan á reir. Y si amas, no tienes que ser cruel aparentando indiferencias. Y hay aquí para ti vino, calor, un lecho y tu amada. Fuera aulla el viento. Yo te he traído, yo te he llamado, yo te quiero sin que tengas que

matar á nadie ni robar á nadie. Pero no puedes creerlo, pobre, pobre niño mío.

¡Bah! Hoy es nuestra noche.

—Sí, nuestra.

—Tuya, tuya. Ven, Pierrot; yo quiero hoy ser tu Colombina ideal. Ven, y toma lo que más te guste...

—¡Chist! No llores.

Manuel Machado



OFRENDA

En verde bosque, quimérico moro,
que es nido de ensueños y fuente de amores:
las rosas de púrpura y fuego, las flores
sangrientas, deshojo en mi cáliz de oro.

Mi triste feringe su canto sonoro
entona, y mis versos ritman rui señores,
que gozan mis dichas, lloran mis dolores
y ensalzan en salmos de amor lo que adoro.

Laureles simbólicos aroman mi estancia,
el viejo Anacreonte sus vinos escancia,
un sátiro ostenta su torso bronceo,

sonríe el Dios Término, la luz es difusa,
y en mármol pantélico te erijo allí ¡Oh Musa!
el ara en que oficio mi culto apolíneo.

Ramón Pérez de Ayala

GORKI

Es otra figura, traída desde las soledades en la estepa rusa, que improvisan la tiranía de la moda literaria y el afán por lo exótico. Ya no son las japerías de Pierre Loti, ni las exóticas narraciones de Judit Gautier, que encuentran una iniciación en las páginas de Jacolliot, las que están en privanza. Escritores franceses éstos, ponen en su arte el encanto de estas letras latinas, suave, sensual, delicado, que sabe á caricias de mujer. Son libros los de estos orientalistas viñetas de paisaje con tonos dulces de acuarela, y el dibujo en sus figuras se hace blando como las vagas líneas en los cuadros al pastel. A través de ellos se ve la naturaleza y los hombres con contornos caprichosos, sin la rudeza del alma nativa, siempre bañándose en esa poesía refinada de nuestro bizantinismo literario, que entraña más fantasía que verdad. Hay que ver la tierra como la sienten y la aman los que sobre ella han nacido y sufren, con su color y su sabor, y la vida de allá, caliente y en lucha, es necesario buscarla en los libros de los poetas y novelistas que la viven, que la traducen y que la cantan.

Con ellos, con estos escritores y con sus obras, parece que nos traemos acá la propia tierra.

Su arte es fuerte, atormentado, de resistencia, como la vida que refleja rebullir de una raza en que se agotan á ratos y renacen á veces las primitivas energías bárbaras, y se pasa de la salvaje libertad de los cosacos en las montañas á la mansedumbre de los esclavos blancos, esos pobres *mujiks* que sudan y penan sobre el surco estéril y en el fondo del *isba* miserable.

Bien venidos fueron un tiempo los maestros de la novela rusa contemporánea. Al sol de nuestros países meridionales lucía bien el paisaje adusto de la estepa, aun sin las flores, la alegría y el olor de nuestras huertas, y en medio del arte heleno-latino, el más amable, galante y poético de todos, no sonaban mal las estrofas de las *bilinas* eslavas, ni atirantaba los nervios el duro ceño con que la vida moscovita asomaba en las prosas de los grandes novelistas del Imperio mitad europeo, mitad asiático. Tolstói es por estos días el último, el que sobrevive, el más grande tal vez, que

continúa indestructible en su soberanía universal.

Los que después han llegado, traídos por la moda, van pasando, como esa figura de Schienkiewiks, que, después de reinar un día, declina sin dejar un rastro intensamente espiritual, ni señal de una honda sacudida en la entraña humana.

Gorki llega ahora; pero su obra no es efímera: es la continuación de la novela rusa, aunque sin la plenitud de arte de sus antecesores. Parece el heredero de Dostoyeski. En sus esbozos hay la misma vida atormentada y cruel, y los vagabundos de *Tomás Gordeieff* sufren pordioseando en los muelles como los reclusos de *Crimen y castigo* á los golpes brutales de las varas que desuelan las espaldas. El mismo dolor de vivir grita en las páginas de ambos, colérico de odio, suplicando misericordias.

No da esta semejanza en el carácter de la obra literaria la identidad de temperamentos. Es la vida que traducen la que los acerca.

Rusia continúa en el mismo estado social: despotismo arriba, mansa servidumbre abajo; dominio de la fuerza por un lado, acatamiento resignado en otro, y activo, prepotente, en heroica rebeldía, el espíritu revolucionario corteja al alma nacional, anarquismo filosófico en Herzen y nihilismo literario en Dostoyeski. Así ha nacido la novela sociológica, que trajo el amor á los humildes, la caridad de un nuevo evangelio humano, mientras que la violenta represión imperial, la saña con que se persigue el delito de ideas, no hallando desahogo para el airado grito de protesta, ha encontrado la forma de la ironía, y estalla y cruje, más bravo y punzante, en las entrelíneas de la sátira. La vida no sólo da el carácter, sino hasta las modalidades del arte: las impone inexorable.

Los escritores pintan lo que han visto y la gente con que han vivido. ¿Qué van á encerrar en sus libros los novelistas rusos que no sea aquella sociedad convulsa, en crisis, conmovida por fiebre de ideas hasta la entraña, trabajada en su interior por un aliento de revolución, mezcla de odio, de amor y de piedad, mal encubierto todo bajo la aparente sumisión de los siervos y el lujo mayes.

tático del poder de los zares? ¿Qué naturaleza han de describir sino aquellas llanuras infinitas sobre las que el hidalgo de la estepa llora la muerte de su caballo, los desiertos siberianos por donde andan peregrinando las cuerdas de presos con el dolor de los brazos atados y el alma aherrojada, temblando al látigo, y con orillas de ríos donde los galeotes, los forzados, los vencidos, los *ex hombres* viven sobre frágiles tablas?

Como los ríos helados de este inmenso país, cuyas aguas corren debajo de la nieve, silenciosas, denunciándose á trechos por el rumor que sale fuera por entre las grietas como un sollozo, así la vida esclava transcurre bajo el esplendor imperial, callada, enloqueciendo á ratos con delirio de matanza.

Más que de psicología de un pueblo son casos de patología social los que hallamos en la novela rusa contemporánea. Los seres que por ella desfilan son perversos, imbéciles, degenerados, almas entecas, nacidos para sufrir y criados en el mal.

No son héroes, son sencillamente hombres. No han tenido más escuela de educación que la vida.

Sudan esclavos del terruño, presos de él, que los agosta, que los mata y los hace caer sobre el surco con los brazos en cruz, como el labriego de Zola; andan errantes, merodeando por las playas y las aldeas, rufianes, mozas de partido, ladrones, vagabundos, *almas muertas*; despreciados, se esconden en las covachas bajo tierra, hambrientos, haraposos, borrachos, sin llevar á cuestras el fardo pesado de la conciencia, que han arrojado á la vera de cualquier camino después de la caída, irremediable y eterna.

Esto es un esbozo del vivir de los bajos, el hampa, porque los intelectuales, espíados, perseguidos, siempre bajo la presión policiaca, prefieren el destierro y el castigo en los presidios siberianos ó la muerte redentora, como exaltación de mártires por un ideal sacrificados.

Todo esto es el alma de la novela rusa, porque es condensación de la vida nacional, y los tipos, al pasar por los temperamentos de los distintos escritores, cambian de pergenio y de traje, pero conservan el mismo «interior», y las escenas adquieren, según la calidad de la pluma, más brío, mayor crudeza; son escenas que creeríamos descritas con horror y con asco si hasta lo más íntimo no nos llegara un saludable aire de pie-

dad, esa *desesperación de la piedad*, que dice Vogüe, derramada, infiltrada por las páginas, con dibujos de *caprichos* goyescos y con tintas de aguas fuertes rembrandtnescas. El color es sombrío, y el sabor nos parece amargo en toda la literatura rusa de los últimos tiempos.

De Gogol á Gorki hay gran diferencia, es verdad; pero más en el modo de ver, en la mayor intensidad de calor humano, de verdad de la vida, de gran color realista, que en las formas transitorias del arte.

La grácil ironía de Gogol, el humorismo, sano á lo Cervantes en ocasiones, en otras macabro á lo Shakespeare, no lo alcanza nunca Gorki, ni en sus cuentos ni en sus novelas, aun en aquellas prosas en que burla y maldice, con sus personajes, las crueldades de la suerte. Gogol es robusto en la creación de sus grandes figuras, como *Tarás Bulba*, mientras que los personajes de Gorki, como *Tomás Gordeieff*, no pasan de revestir un vulgarísimo sentido de la realidad.

Falta en los libros de Gorki ese espíritu de conmiseración que, como un llanto de amor, moja y empapa muchas páginas de *Las almas muertas*. Sigue las huellas del maestro, pero no lo alcanza, porque adonde él llegó nadie ha llegado.

Tourgueneff fué paisajista, con visiones de pintor y con corazón de poeta. Bajo su pluma, el paisaje surgía, evocado, hasta con sus rumores y su olor. Las sensaciones del campo sólo él, entre los suyos, la realizó con tan prodigioso arte de verdad y encanto. Parece que, sugestionados por la lectura, cual si el paisaje nos resurgiera dentro, se nos clavan tenaces los ojos en las letras, como si cada una fuese un árbol de bosque y cada frase sonara, con su ritmo, como un chorro de aguas corrientes.

Tourgueneff ve y siente la soledad de los paisajes en silencio, sin vida, pero con alma. Gorki no ve la naturaleza sin hombres, sino á éstos en medio de ella, en acción, soldados de lucha, padeciendo, tirando de la existencia con pena, forzados al dolor de vivir. A veces, bajo este aspecto, Gorki mira hacia la tierra, como nuestro Galdós, y no ve el paisaje, sino los hombres.

A quien más se me asemeja, y ya lo he dicho, es á Dostoyeski. En los libros de ambos hay belleza torturada, retorcida, que angustia; pero intensa, formidable.

Gente patibularia, hez social, degene-

rados, pasan por las novelas de Dostoyeski, pero se regeneran, aunque sea por el crimen; el mal es en ellos virtud purificadora, cruz de redención desde la que, clavados y exangües, piden y obtienen piedad, esa piedad que despierta el mal cuando es inconsciente y trágico. Los hombres de Gorki no se regeneran; pasan sonambulescos, pervertidos, sin conciencia moral, lógicos, sin embargo, en medio de la vida. No piden misericordia; más bien reclaman justicia. No se quejan, porque, al fin, el mal es una necesidad y el dolor una condición irremediable del vivir. Ya casi no tienen apariencia de seres morales, son ex hombres, estiércol social. Sobre el arte de Dostoyeski, místico y trágico, proyectase un reflejo de Poë, mientras que por las páginas de Gorki se desliza solamente el espíritu pesimista del arte de Maupassant.

Ni siquiera intento una comparación con Tolstoi, el más humano, el más evangélico, el más psicólogo y el más artista de los escritores rusos. Ninguno de los vagos de Gorki en los campamentos de gitanos que van peregrinando por aquellos caminos inspira lástima, como la *Maslowa*, en demanda del presidio, pobre Magdalena sin amor.

En Gorki, no obstante, seduce la gran verdad y hasta el cariño con que se han trazado los cuadros. Para sus tipos encaja bien el ambiente de aquella vida y hasta el escenario de aquella desolada

naturaleza, tierras malditas junto al Cáucaso.

Mayor impresión, por lo menos más dolorosa por la violencia del contraste, nos producen las escenas de miseria que pintara Jorge Elliot, con hambrones y mendigos reclusos á los arrabales de Londres, acosados, huidos de las calles como basura que se barre, y que desde las guaridas, de escucha, en acecho, espían como alimañas la hora de la rapiña; y la existencia en las alcantarillas de París, la vida subterránea, libre, pero sobresaltada, de criminales y ladrones, descrita por Cladel, por lo que tiene de anormal y extraña, en un «medio» tan opulento, paréceme dramáticamente intensa, rara, bien distinta de la vida á *pleine aire*, en medio del rumor de los bulevares, por donde desfilan las alegres heroínas de Prevost y los *nababs* enriquecidos de Daudet. Hasta más desolado también es el sufrir de los vagos de Bret Hart, teniendo por fondo los campos californianos, donde hasta el aire parécenos que va cargado con polvo de oro, en tanto que los mendigos ruedan, hambrientos y astrosos, por los caminos sin fin á la ventura.

En Gorki no habrá arte; pero hay vida. Leyéndolo, yo me he dicho, como Blas Pascal: «nos creíamos ante un autor y nos sorprende encontrarnos con un hombre».

Ángel Guerra.



LA SED DE AMAR

La gran vida de trabajo y redención se le presentó por fin á Jorge en casa del Diputado.

Era un palacete con verja y con jardines, al centro de la calle de Adolfo Becker. El bajo, despacho, biblioteca, biliar, sala de armas, comedor y dependencias de criados. El alto, un primor de lujo modernista, donde á todashoras, entre la luz verde de las plantas, volaban las notas del piano á bandadas de armonías. Un simbolismo hallaba en esto Jorge: la dulce paz de una dama coronando de resplandor de dicha la honrada labor de un hombre.

Le instalaron en un departamento cuyo balcón caía al fondo del jardín, y desde el que veía limpiar los dos coches. Fué su grata cárcel de estudio. Al volver de clase bajaba á la biblioteca y leía á Balmes y al Marqués de Valdegamas..., afanoso por limpiar también de dudas su espíritu. Después de comer oía música á Marta, mientras tomaba te el Diputado.

Tornaba á juzgarse indigno del afecto



de aquella dama que le abrumaba á atenciones; de aquel señor obsequioso que no podía tener más noble aspecto, con su barba gris y sus lentes de oro..., ¡y había podido ofenderlos, dando crédito á la calumnia que rodaba por la Universidad, de que D. Anselmo hacía abortar á su esposa por no gastar en hi-

jos los cuidados y el dinero que le absorbía la política!

En la mesa callaba siempre. Oía cómo el Diputado referiale á su mujer sus ambiciones: sería director general, subsecretario, ministro... Jorge podría substituirle en el distrito cuando tuviese la edad. Se lo elogiaba á Marta: era muy listo... y con su aire, al parecer encogido, bien traía revueltas por la calle á las muchachas...

—¡Hombre!—exclamaba ella—: ¿esas tenemos?

Al verle sonroarse, D. Anselmo se obstinaba en confundirlo á elogios, con la alegría de su contento de la vida, y con la tenacidad de quien tenía agotadas para su mujer las conversaciones. Esta seguía entonces la charla, melosa y ática, clavando en el jovencillo sus quietas pupilas de topacio... Provocaba la cuestión, harta de oírle al marido las mismas cosas de negocios que la abrumaban nerviosamente. Servía los platos. Cuidaba á Jorge. «¿Quieres más?» Y cuando, para darle gracias, alzaba el muchacho los ojos, encontrando aquel mirar fijo cuya inmóvil transparencia amarilla mostraba no sabía qué tristezas ó qué ansias audaces sobre el sonreír de los labios—se estremecía.

—¿Quieres más?

- No, no; basta.

Bajaba los ojos. Es que se distraía con el plato tendido. Erase imposible resistir la intensa mirada de esta bella mujer dignísima, desde que la injurió tiempo atrás con ensueños torpes. Sus hombros, su talle, sus caderas, vibraban macizos y esbeltos bajo la seda, haciéndole á Jorge recordar las naranjas que llegan de Valencia liadas en papeles pálidos... Olía á trébol. Tenía en su gallarda estatura exótica gracia ardiente... y no sabía contemplarla en una extraña atención, más que al desgaire, incapaz del

modo de mirar con que le acariciaba Marta, amplio, franco, honrado..., como al huésped acogido con nobleza.

—¿Quieres más?

—No, no; gracias.

Le veía los dientes de limpiísimo marfil entre los frescos labios que sonreían; un poco grande la boca; la faz, morena y mate; los ojos, de sombra; hueco el pelo de caoba en diadema soberbia sobre estrellas de brillantes en la linda oreja escondida... Volvía á pensar en las naranjas, en los plátanos... en las frutas sucrosas y esenciadas de los países del sol.

—¡Oh, te me recuerdas así más chiquillo!... ¡Cómo creces!— le dijo ella una tarde levantándose para ir de paseo—. ¡Y pensar que te besaba yo; que te cogía en la falda!... Ya tienes bigote. Adiós. Me llama Anselmo. ¿Por qué no vienes, hombre?

—No, no; debo estudiar.

Oía rodar el coche. Se iba á su cuarto. El estudio le extasiaba. Un afán de ser algo, trabajador, respetable, diputado igual que su padre lo fué y lo era don Anselmo. Un ansia de dignidad en esta casa digna... Mas ¿por qué Marta le miraba así?...

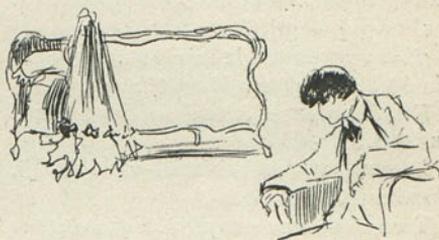
Olvidada, en un clavo, á los pies de la cama, había una blanca enagua de ella, de finísimo linón, con barredera de encajes; y esto se la hacía recordar siempre que alzaba la vista del libro...

Estudiaba... leía... Subía de la biblioteca muchos tomos á la alcoba. Balmes y Donoso impulsáronle á escribir notas heréticas, lejos de afirmarle la fe... Augusto Nicolás y el padre Félix no hablaban á la razón... Empezó á seducirle «un tal» Nietzsche... Le dañaba... Lo arrojó.

Seguía atento en la *Vida de Napoleón* lo que pueden una voluntad y un carácter... Incongruencias... El azar su guía... Cansábase y saltaba á otra cosa: leyó el *Emilio*; luego hojeó *El Príncipe* y el *Tratado de las categorías*, de Leibnitz.

Cada cosa que no podía entender le hacía mirar largo rato la enagua, con la frente en la mano, y se acordaba, fumando, de que Marta seguía clavándole los ojos con singular tenacidad; de que los ojos de Marta parecían tener dos chispas de oro en el fondo... Le trataba D. Anselmo como á un niño. Ella no. Era la primera de los antiguos conocidos de su casa que le guardaba deferencias como á igual, como á un galante amigo, con cortesías exquisitas...

¿Y por qué la enagua estaría allí?... Fué una vez á tocarla, á ver sus encajes. La tela finísima exhalaba un vago per-



fume picante de colonia, de trébol, de almizcle, de gardenia, de eso que traspasa la ropa que se guarda entre cintas y esencias ó que ha tenido puesta una hermosa gentil dejándole el secreto aroma de su carne.

A partir de entonces, bastábale entrar en la habitación para advertir el perfume. Sobre todo, de noche, cuando se iba á acostar. Nada de ilusión; lo percibía; llegaba á estorbarle el dormir... Y le llamaba la atención á Jorge que aquella emanación sutil de flor voluptuosa no le produjera ensueños sensuales, más bien calmados en él., á pesar de la belleza que le evocaba, de los ojos amarillos que seguía viendo en la sombra, de la rica ondulación del cuerpo de Marta, presente en la fantasía como un trazo de sol... Sentíala cruzar por el pasillo, haciendo temblar el suelo con su andar de buena moza... Había aprendido á diferenciar su paso nervioso y firme del de las criadas: de una también que le sonreía, alta

y flaca, cobriza como una cingara, llena de lunares, de grifos de pelo negro...; más bonita que Marucha .. Pero ¿qué valía junto á Marta?... Sólo con ponerlas en parangón creía inferirle á Marta un agravio, y...

De improvviso tronchaba sus cavilaciones: ¡el agravio estábaselo infiriendo con pensar tales cosas de ella!... Con pensarlo bajo el techo mismo honrado de la dama y del marido honorable... Dormíase al fin sobrecogido de respeto.

Sin embargo, al despertar, de nuevo cada día pensaba en aquella mujer perfumada; en aquel modo solemne que tenía de mirar... de mirarle.

¿Por qué le miraba?

¿Era verdad que le miraba?... ¿La quería él?... ¿Le quería Marta?...

Estudió menos. Abandonó las abstrusas lecturas.

La enagua se la habían llevado de allí. Contemplaba el clavo.

Y una mañana en que no pudo estudiar, formó la irritadamente heroica determinación de salir de dudas: le sostenría la mirada en la mesa al tender el plato, y si era vana su sospecha, se despreciaría á sí propio como al más canalla de los nacidos.

Salió.

D Anselmo y Marta estaban ya en el comedor. Vestía ella un *matiné* rosa-Francia orlado de negros lises: acababa de bañarse, de perfumarse, de peinarse... La fuerte claridad verdosa del jardín la hería frente á la reja, prestándole dulzura á su limpia palidez eléctrica. No obstante, parecía grave su expresión y la del Diputado. Algún disgusto de los que Jorge solía traslucir la seriedad...

Le desencantó la indiferencia con que le acogieron.

¡Tonto! ¡Pensar que la preocupaba, cuando un simple enojo bastábale para tratarle como á un extraño importuno!

La triste libertad en que le dejó displacente, le sirvió para poder observarla

él—aquella faz sin color, de pronunciado encanto exquisito, aristócrata, pasional, bajo la gris ceniza de calma profunda como los claros celajes de tormenta... ¡Hasta la frívola cortesía impregnábase en Marta de amor! ¡Qué feliz no haría á quien amase...; al marido!

Le invadió la pena que allá junto al Guadalgira: «Una hechicera mujer que no sería para él nunca»... Es *e nunca* tenía una desesperada negación dolorosa, feroz, y le rompía como un adiós solemne de eternidad en temblores del corazón y en suspiros de lumbre ante cada mujer hermosa que se alejaba...

El suspiró brotó al descuido, esta vez tan de su alma, que Marta alzó los ojos.

¿Por qué los bajó él?... ¡Cobarde!

—¡Y bien!—saltó brusco el marido—
¿Pero tú comes jabón?... ¡Mil pesetas en perfumes!

Vertió el vino del puñetazo.

Marta cubrió de sal la mancha y se limitó á replicar con desdén resignado:

—Es cuenta de dos años. De más de dos años, Anselmo.

En seguida volvió á mirar al huésped en súplica de perdón por la inconveniencia.

Esta vez Jorge recogió valiente su mirada. Fué al principio una piedad, una



gratitud...; pero los ojos de oro encendieron en su fondo aquella chispa terrible, y los de Jorge, asombrados, trémulos, la sufrían como una quemadura... No cejó. Dos rígidos alambres se tendían como cables de pasión moral de un ser á otro ser... No supo ya si no podía desprenderse de aquellos ojos fijos desde el frente de la mesa; y lo mismo que en febril delirio, girando se convirtieron sus glaucas transparencias en dos negras alucinaciones que le fascinaban.. Seguían implacables, crueles..., y doliéndole ya los suyos, por no caer en el mareo que le borraba las cosas, creyendo que se los habían cruzado centellas, que habían sorbido un alma de llama, agotado, vencido, se rindió el primero, doblando sobre la mano la sién.

«¡Me quiere!»

Quedó abrumado por toda la etérea pesadumbre de una gloria.

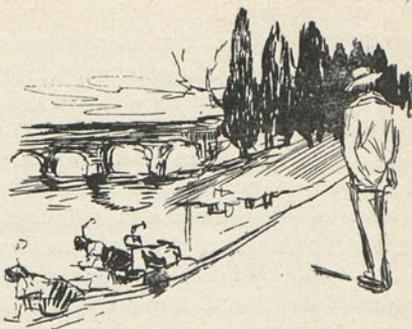
.....

¡Pobre Jorge!

Perdió la noción del tiempo; de la realidad. No fué un ser, sino algo de Marta que vivía de la vida que ella por espléndida caridad quería darle; de una intensa vida refleja, inmortal y toda nueva, perfumada como sus cintas, cálida como sus labios, destelladora y policroma como sus esmeraldas, como sus ópalos, como sus turquesas, como sus diamantes...; trágica como su belleza de palidez venenosa de luna brindadora del placer en el secreto y la traición...

Se ahogaba. Tenía que salir de la casa en busca de aire que respirar. Iba á Arcobaida. Mayo ofrecía allí el sereno reposo de sus tardes. A la sombra de los álamos paseaban los canónigos. Trinaban los mirlos, olían las lilas... Huía luego al campo, lejos, á cansarse en pleno sol. Pasaba el puente; cruzaba el molino; veía el agua saltar en la pesquera. Se tendía.

Los prados ostentaban un verdor tierno constelado de amapolas; no eran los secos pastizales del verano. Había flores



y vida. Las lavanderas cantaban en el río. Cerca de él una tarde, una muchacha roja como su falda, fresca como una flor y con los brazos y los pies desnudos, tendía ropa en las adelfas... Era de las que soñó en otro tiempo, en cálidos antojos de erotismo, en una fiebre impaciente de bocas encendidas, en una tris teza infinita de besos de cualquier apasionable, de las campesinas, de las costureras, de Marucha... ¡Y tenía ahora la pasión de la mujer más distinguida y celebrada de Argelez!

Cerraba los ojos porque la felicidad le dolía.

Había implorado al Amor sus ninfas con desesperados delirios, y el Amor había llevado al templo mismo de la Diosa.

Le sobrecogía semidivino terror. Espanto de perderla. Asombro de estarle viendo en los ojos la pasión y cobardía de no saber osar quizás arrebatársela... Su grande amor, su primer amor, pues harto claro veía á la luz de incendio de su extraño existir sin dicha, que fué no más lo de Elda una ilusión infantil... ¡Y ella, la del amor único de su vida, estaba casada! ¡Querría darle nunca la felicidad?... ¡Podría dársela?... ¡Querría dársela?

Y se iba al campo por obedecerla, como un sugestionado, en el hábito de pasividad con que se había ido dejando arrancar la voluntad lleno de respetos. Hubiese querido estar á su lado siempre. A ratos creíase olvidado, porque

delante del marido le miraban menos los queridos ojos... Era preciso que volvieran á clavársele tenaces, terribles, enfocándole descargas de fascinación; su afán de este tormento obligábale á buscarlo sin cesar, en ansia imprudente de niño, que inquietaba á Marta. — «Ve y estudia» — le ordenaba viéndole pasarse horas enteras mirándola en silencio cómo bordaba flores. Y se metía en el cuarto á estudiar; á tener abierto el libro... — «Ve y pasea» — le mandaba por las tardes al quedarse solos cuando bajaba al despacho el Diputado. Y echaba á andar hacia el campo, encontrándola al regresar esperándole al balcón muchas veces...

— «¿Adónde has ido?» — «Por el río. ¿Usted no ha salido hoy?» — «No; me gusta estar aquí. Anda, ve y escríbele á tu padre; dice que no le escribes. Hasta la hora de cenar.»

En la mesa acabó su melancolía por llamarle al Diputado la atención. Carácter tornátil y egoísta, quería D. Anselmo á todo trance tener alrededor gente contenta ó triste, según el ánimo en que le ponían los negocios. Marchaban bien entonces, y extremaba con Jorge sus afabilidades... ¡Bah el chiquillo! ¡Tanto estudiar! Bueno que se supieran cosas; pero, ¿de qué servían los sabios?

— Tu carrera está hecha, hombre: serás diputado, gobernador... cuando yo sea ministro. Aprende á hablar fuerte; á tener desparpajo; á conocer el mundo, que suele ser precisamente lo contrario de lo que dicen los libros. La vida... ¡vi viendo! Además, no quiero que tu padre diga que le devuelvo una momia. Plan, desde mañana: tres horas de estudio, dos de clase, y lo demás de paseo; al teatro con nosotros... Yo me voy á Madrid: sal en el coche con ésta.

Esta, deslizó después de un breve silencio en que sonaron los fuertes dientes del marido chascando una galleta:

— ¿Y te vas pronto á Madrid?

— El jueves.

— ¿Por mucho tiempo?

— Quince ó veinte días.

Jorge la miró en un relampago de pasión.

Marta no alzó los ojos. No se había inmutado, sumisa y dulce. Sólo era un poco más densa su palidez eléctrica—su limpia palidez morena, jamás nublada de polvos.

«Lunes, martes, miércoles... y jueves». Tres días para que D. Anselmo partiese... ¿qué iba á ocurrir? Desvaneciase al querer pensarlo Jorge. Al lado allá del breve plazo, le formaban un halo á su atención los fosforescentes misterios... No tenía, sin embargo, gran impaciencia porque aquellos tres días pasasen, en la plenitud venturosa de cada instante actual que no necesitaba del recuerdo ni la esperanza... Erraba por este amor, feliz, perdido, como un viajero por una isla de magia, tan encantado de lo que fuera viendo presente, que no se preocupara de lo que vió ayer ni de lo que podrá ver mañana.

Delante de Marta no percibía sino su fulgor en niebla de luz y aroma, con tal intensidad de colmo de felicidad, que le asaltaban terrores pensando que todavía su felicidad podría aumentarse. Cuando dejaba de verla, todo de ella quedaba vibrante, como un arpa al último acorde... Y luego sólo podía evocar sus últimas palabras, sus últimas impresiones, y las primeras que al verla de nuevo le habrían de estremecer...

Por eso le resonaba aún lo que le oyó, preguntarle al marido en la pasada noche; lo recordaba en el teatro después, adonde había ido... Y había resuelto saludarla hoy con un beso.

La esperaba en el centro del salón

Sobre el piano se veía un abanico de gasa, el que había tenido en el teatro ella, enseñándole el país pintado con un amor que despertaba á una mujer besándola en los ojos... Cantaron *La Bohemia*. D. Anselmo estuvo en el palco apenas. Corita y Silvia sostenían vivo

fuego de gemelos hacia el del general; y Marta, al fondo, frente á él, sin hacer caso del público, extasiada con la ópera, más pálida y terrible en el rielar de plata de sus claras sedas bajo los focos de luz, le enloquecía de perfume, mirándole á miradas eternas, donde iban viviendo como sueños fantásticos los dúos de *Mimi y Rodolfo*... Todo un diálogo, entre truenos de metal y suspirar de violines... Cada instante de la escena, cada frase, otra frase... una confirmación, una promesa, un juramento, sin más que el titilar de estrella de las pupilas y el leve temblar imperceptible de las cejas y la frente... Ella le enseñaba desplegado el abanico... Él besaba un nardo que se le había caído á ella.



¿No dormía mucho? ¡Qué tarde se levantaba!

Fué por el abanico y lo abrió, para contemplarlo, dejando el periódico en el diván... Pero volvió inmediatamente á ponerse de pie, al sentirla, cerrándole el camino. Marta se detuvo. Formábale la colgadura malva un dosel.

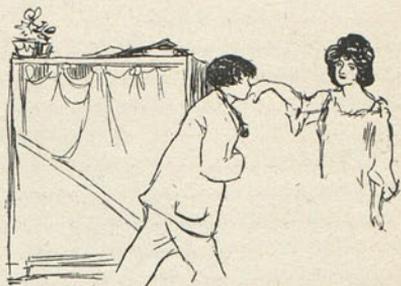
—¡Buenos días!

Le advirtió la emoción, la actitud, el intento. Hizola sonreír de un modo infinitamente tenue la audacia... En seguida, inclinada un poco la frente, como si fuese á pasar un túnel de flores, avanzó

sin desviarse, recta á él, resignada y dulce, con la mirada en la alfombra...

Llegaba...

Jorge acercó los labios... Ella tornó con gentil pereza la faz, alzó lenta una



mano con la precisa y ruborosa gracia de una figura de minué, y recibió el beso en la palma...

Así la vió desaparecer, derecha y lánguida en su peinador de lazos, todavía cayendo la mano que la sirvió de escudo, sin prisa, armoniosa como una ungida...

No se había vuelto á mirarle.

¿La enojó quizás?... A Jorge le latía el corazón. Ciego á tal coquetería, únicamente desalentado se daba cuenta de que Marta le hurtó la cara.

Corrió á encerrarse en el cuarto, disgustadísimo, pues le era imposible comprender esto en su gran pasión.

No fué ni una vez en toda la mañana á verla bordar, allí al fresco corredor sombrío de madreselvas, donde planchaba también la flaca y lunarosa cingara, con quien gustábala hablar y reirse, y donde él solía leer los cuentos de las revistas de modas fumando en los balancines.

Copiaba apuntes de estudios, de más abandonados.

A las doce se cansó, y se entretuvo en mirar el jardín por las rendijas de la persiana.

—¿Quién?

Llamaban fuera. Era temprano para almorzar. Alguna criada por algo.

—Adelante.

Se entreabrió la puerta y asomó Marta. Jorge no osó moverse.

Le inundaba de caricia con toda la expresión de su faz.

Entró.

—¿Estás malo, Jorge?

Había llegado junto á él, y á un paso, el codo puesto indolente en la columna de nogal de la cama, le miraba compasiva.

—¿Estás malo?... ¿Por qué hoy no has ido como otros días?... ¿Estás triste?

Para no verla, miraba él aquella mano que colgaba noble, luciendo como un adorno el dedal de oro. Una mano esbelta y llena de carne y de hoyuelos, exangüe, pura de marfil en contraste mate con el agua azulosa de un ópalo lenticular orlado de brillantitos de luz muy blanca..., la odiosa mano adorada que evitó el beso.

Pero vió luego en su languidez y en sus ojos profundos tal invitación amante... que se arrojó á su cuello y la oprimió en sus brazos...

¡Ah, el rico tesoro de su alma!

Aspiraba por vez primera en callados besos el perfume del ídolo, el intenso trébol de olor de amores que tenía en la boca, en el pelo, entre los encajes de la garganta..., en toda la bellísima cabeza que en un desmayo ideal rodó exánime en su hombro, tronchada de pronto por la emoción como una flor de gloria, suspirosa, ardiendo... Loco él de delicia, laxos de besar sus labios, y ella, al fin, sofocándose en sollozos, sin saber cómo se separaron... Fué Marta corriendo á llorar contra la almohada, junto al lecho, de bruce, con la cara escondida por las manos.

—¡Marta!—gimió él, ávido de la intimidad del nombre.

Y se acercó á su lado, doblándose también para poder besarla y beberse las lágrimas que humedecían sus dedos y sus anillos... Y una repentina frialdad de jaspe la invadía, alternada con zonas en que abrasaba como un cristal calien-

te su piel. Tenía yertas las manos y la barba, y en cambio parecía tener fuego en las muñecas, en la frente, en las mejillas, bajo la floja seda del pelo... Que-



ría incorporarla y pesaba mucho, quería buscar sus labios, sus ojos, y las manos de marfil se aferraban trémulas; sentía su cintura sólida y fina, su cadera, sus anchos hombros... y allí sí que las sedas tenues dejaban percibir el calor, en aquel cuerpo de maciza elegancia que todo se estremecía...

Jorge no supo ya si el llanto era pena de rubores que debiese respetar, ó pasión exaltadísima que quería ser colmada. Llegó á aturdirse, de extrema indecisión que le parecía violenta y ridícula... Permanecía unido á su cara suspirando «¡Marta! ¡Marta!»

Hasta que, por fin, ella se calmó y se irguió, limpiándose las lágrimas.

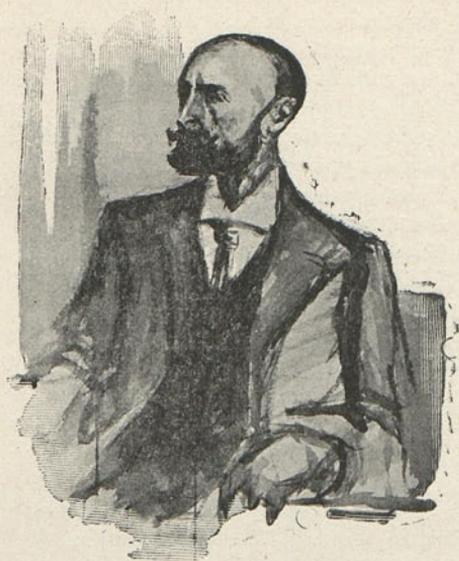
—¡Qué locura, Dios mío! ¡Qué locura! --murmuró al salir, con su andar lento de diosa, parándose en la puerta un segundo con los ojos en alto y las manos al pecho cruzadas sobre el pañuelo.

Se lo quitó él y lo guardó como una reliquia.

Felipe Crigo.

(De *La sed de amar*, novela que se publicará en Diciembre.)

NUESTROS NOVELISTAS



Felipe Trigo.

DEL CAMINO

Todos somos romeros que camino andamos.
DE BERCEO

I

Quizás la tarde lenta todavía
dará incienso de oro á tu plegaria,
y quizás el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria.

Mas no es tu fiesta el ultramar lejano,
sino la ermita junto al manso río;
no tu sandalia el soñoliento llano
pisará, ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,
la tierra verde y santa y florecida
de tus sueños; muy cerca peregrino
que desdeñas la sombra del sendero
y el agua del mesón en tu camino.

II

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora! —grité— ...El silencio
me respondió: - No temas;
tú no verás caer la última gota

que en la clepsidra tiembla.
Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca á otra ribera.

III

¡Oh, figuras del atrio, más humildes
cada día y lejanas!
¡Mendigos harapientos
sobre marmóreas gradas!
¡Manos que surgen de los mantos viejos
y de las rotas capas!
¡Pasó por vuestro lado
una ilusión velada
de la mañana luminosa y fría
en las horas más plácidas?...
Era su mano blanca entre las rosas
como una rosa blanca...

IV

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.
Otros guardan las fiestas
de días muy lejanos;
figuritas sutiles
que caben de un juglar en el retablo...

.....
Ante el balcón florido
está la cita de un amor amargo.
Brilla la tarde en el resol bermejo...
La hiedra efunde de los muros blancos...
A la revuelta de una calle en sombra
un fantasma irrisorio besa un nardo.

V

¡Tenne rumor de túnicas que pasan
sobre la infértil tierra!...
¡y lágrimas sonoras
de las campanas viejas!
Las ascuas mortecinas
del horizonte humean...
Blancos fantasmas lares
van encendiendo estrellas.
Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...
La tarde se ha dormido
y las campanas sueñan.

Antonio Machado

ARTE NUEVO

El arte va evolucionando á medida que el concepto de la vida evoluciona: es lo que los estetas explican por la ley de correlación entre el medio y el artista.

Alguna vez este criterio fué falseado; pero ese desvío de la crítica duró poco. La apreciación, merced á una reacción sabia, entra de nuevo en su trayectoria. Esto que acontece con las celebridades del momento, es lo que está ocurriendo con muchas escuelas artísticas de los últimos tiempos. Por ejemplo: el simbolismo. Basta abrir un libro simbolista para convencernos de que ese libro es el producto de un cerebro desordenado—que es lo que hay de menos simbólico.

Se confunde desgraciadamente el símbolo con el misterio y con todo lo que hay de vago y nebuloso.

Todo el arte es simbólico. Ahora bien: ¿qué es un símbolo? Es la expresión concreta, apreciable por los sentidos, de una modalidad anímica. Una letra, una nota de música son el símbolo de un sonido, así como el sonido es de por sí el símbolo de un movimiento nervioso de orden psíquico. Una frase, un compás musical, una línea, un plano, son otros tantos símbolos de ideas, y, por consiguiente, de procesos psíquicos.

De aquí resulta que el símbolo es convencional; mas de un convencionalismo tan automáticamente adquirido y acumulado, que el lenguaje — y al decir lenguaje quiero decir el símbolo del pensamiento—se torna natural por significar así una cosa indisociable de la modalidad mental.

De este modo la forma en arte debe ser —y lo es en los artistas de genio— inseparable de la concepción, su expresión justa, su símbolo, en fin.

¿Hizo esto la escuela simbolista? No. *El arte debe sugerir, nunca expresar*, de cian; y, con este principio como escudo,

producían un *radotage* híbrido, desconexo como el humo. Por lo demás, la escuela simbolista lo es verdaderamente, cuando menos pretensiones tiene de serlo.

Siendo, pues, el arte el símbolo y no lo indefinible de la vida, como quieren los seudosimbolistas, derivase lógicamente de la ley general de la estética; el arte, como la noción de la vida, es evolutivo. Los primitivos concebían la vida religiosamente: el elemento antropomórfico predominaba, emanado de la astronomía. Por esto el arte era esencialmente religioso y místico.

Cuando se consideraba la vida como hija del *soplo de Dios*, la obra de arte obedecía á este concepto; la fatalidad divina y el pecado primero pesaban intensamente sobre las acciones humanas. Aun hoy, desgraciadamente, existen biblioltras aferrados á la singenesia mosaica. Para esos el hombre es el relegado de la gracia, el forzado que aún sufre el castigo de un crimen ancestral, arrastrándose con la indignidad de un mendigo á los pies de una omnipotencia tenebrosa de concebir, tal es su deformidad moral.

Felizmente, hoy hay también quien mira hacia Dios como miraría hacia las ruinas de una cárcel; quien sabe que la vida tiene sus determinantes naturales, y que las acciones humanas son movidas por un determinismo psíquico. Para éstos, naturalmente, el arte entró por una nueva senda.

Tal es la obra de Zola, y de un modo más absoluto las de Ibsen, Strinberg y Hauptmann, á quienes las muchedumbres no comprenden por el hecho de ignorar éstas los modernos ideales científicos. Y no se diga que el sentido crítico y científico están en desacuerdo con el arte; quien tal afirma, ó es un ignorante

ó un idiota: un ser nocivo de cualquier modo.

Cuando la ciencia era metafísica, el arte lo era implícitamente: entonces el sabio Diderot era compatible con el artista; Voltaire igualmente. ¿Cómo hizo el sabio Vinci la *Gioconda*? Porque Gœthe expuso la teoría vertebral del cráneo y formuló la ley de la compensación orgánica, ¿estaría por este hecho inhabilitado para escribir el *Fausto*? La incompatibilidad entre la ciencia y el arte no existió nunca, mal que le pese á tantos incoherentes. Además, nunca existirá.

El arte nuevo tiene que ser positivo, orientado por un determinismo bioanímico.

Y toda la obra que de otro modo se nortee, será obra muerta, un aborto con-

denado al olvido, aunque obtenga un éxito momentáneo.

El artista moderno ha de ser educado en las nuevas ideas: es necesario que se las asimile, que las traduzca en sentimientos, y después puede descansar seguro de que cumplió su deber, legando á la humanidad una obra fecunda, y no un desahogo lírico y empalagoso, como el que vomitan esos cretinos que se retuercen convulsivamente en su impotencia.

Así concebido el arte será útil y humano, ejerciendo un poderoso estímulo en la vida.

Ese será el arte nuevo, el arte fértil, inmenso, como inmensa es la vida.

Manuel Laranjeira

PAISAJE



Dibujo de Montesión.

DEBAIXO DA VIDA

Tu sabes se eu nasci para odiar
alguem. Sabes quem sou. Sabes que o meu
peito é, de ha muito, quasi como um céu
aberto para o teu sereno olhar.

Tu sabes tudo o que me diz respeito:
todo o bem, todo o mal. E tanto assim
que minha mãe, quando me trouxe ao peito,
nunca chegou a estar tão junta a mim.

E, desde que te amei, sou forte e não
conheço dôr sem ser a dôr vencida,
— Quem sabe se isto em mim que ri á vida
é afinal teu proprio coração?

Eu não posso viver sem tu viveres:
eu não sou eu, tu não és tu; nós sómos
nós; o que quer dizer:—mais do que fômos
antes de eu te inventar entre as mulheres.

Procura os meus melhores versos! Olho-os
e vejo-os já na tua mão sem côr.
Rasga os meus versos! olha-me p'ra os olhos:
Talvez saibam dizer todo este amôr.

Faltam palavras! e bastava um grito,
um gesto, qualquer coisa... p'ra dizer
tudo isso que não cabe em «Infinito»
e cabe no teu nome de mulher.

Disse—Infinito; disse. E, no emtanto,
é pouco. Nada d'isso é o que penso.
Tu já choraste; ao enxugar o pranto,
o Infinito coube no teu lenço.

Todos os ninhos novos d'este anno,
toda a paisagem, todo o astro, assim
como o azul e o coração humano
—tudo o que ri—põe-se a fallar por mim.

E diz-te o meu amor todo este franco
luzir de estrella nascidinha ha pouco
e essa outra estrella, um vagido rouco,
mamando a vida por um seio branco.

E diz te o meu amor tudo o que canta,
tudo o que chóra, ri ou tem perfume.
A tua bôca rija e sã resume
todas as rosas que tem dado a planta

Se te beijar eu beijo as rosas todas,
se te abraçar abraço o mundo inteiro,
por isso não ha céu, pomar, canteiro,
que não tóme una parte ás nossas bodas.

Pintam a Virgem sobre o mundo, erguida
como a alma da Terra—e assim te vejo.
Se te beijar a ti, não sei que beijo
que parece que caso com a Vida.

*
* *

E a ti que sabes esta ladainha
como a Senhora de uma antiga egreja,
a minha bôca nunca mais té beija
porque esta bôca já não é bem minha!

Este braço que vês, magro e com veias
que não viste engrossar ao abraçar-te,
só póde levantar-se por ideias
erguendo um ferro, um poema ou um estandarte.

Já não sou teu, a mim não me pertengo;
é mesmo d'elles o que aquí escrever;
é d'elles quanto sinto e quanto penso
e é nosso apenas tudo o que soffrer.

O tempo em que eu te amar é-lhes roubado
(são aos milhões por esse mundo fóra);
não se cóme diante d'um esfaimado
nem se vae rir diante de quem chóra.

Separou-nos um muro de desgraça:
membros partidos, crânios estalados
jazem em confusão amontoados;
postas de sangue servem de argamassa.

E, toda a turba-multa dos exforços
inuteis d'esses tragicos vencidos
exige-me odios, pede-me remorsos,
fulge-me á vista, grita-me aos ouvidos.

Que pavoroso grito de agonia
me quer sahir da bôca em vez d'aquellas

palavras com as quaes eu te dizia
em verso o que em luz dizem as estrellas!

Mas que sou eu, emfim, no meeio d'isto?
Não sou espada que sirva p'ra a vingança.
A desgraça quer voz? Que gére um Chisto!
A miseria quer pão? Mate a creança!

Haja a coragem de morrer matando,
Morrer de fome ou ferro tanto faz:
Se, para o crime, todo o somno é brando,
para quem morre toda a guerra é paz.

Se a minha dôr pôde gerar felizes,
se ha quem espere que eu chore p'ra se rir,
ai da flôr da esperança com raizes
na dôr humana para se nutrir!

Quem quizer o meu sangue p'ra regar
essa flôr problematica e futura,
tem que ter força para me matar
e alma para abrir-me a sepultura.

Se a minha força está nos meus desejos,
para mim é só grande quanto é meu:
uma palavra pôde gerar beijos
e um gesto pôde desnudar um céu!

Se um afogado me prender os pulsos
e eu consentir, são dois que engole o mar;
ó dedos hirtos, frios e convulsos,
se não largaes eu hei-de vos quebrar!

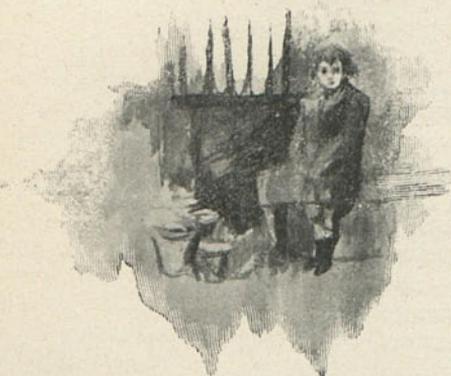
Porque em mim proprio a vida é como em vós
eu tambem tenho o mesmo horror á morte;
se o amor não chega para todos nós,
triunfe a raça em mim por ser mais forte.

Ao menos isto: ao menos, se vencida
a minha força pouco a pouco abate,
seja eu vida lutando contra vida
e morra em pé num ultimo combate!

E, quando já cansado o coração
a morte me chamar para o noivado,
hei-de ir á força, como um preso, e não
como um noivo que vae de braço dado.

Silvio Rebello.

COSAS TRISTES



¡Esta tarde vinieron unas niñas más feas y más mal vestidas! Su madre entró á ver una amiga enferma, y para que no molestaran dejó á las niñas en el jardín; y se quedaron sentaditas en un banco que hay al lado de la puerta. En el jardín había mucha gente, porque era tarde de domingo; y todo estaba lleno de flores y de risas. Las pobres niñas estuvieron sin moverse, mirando tristemente á todas partes, con aquellos ojitos sin encanto que habrían visto tanta obscuridad. Y aquellas niñitas delgadas, morenas, pobres carnes sin esperanza de perfume, ni de turgencia de piel suave y rosa, miraban de una manera larga é intensa, visionariamente, sin una palabra en los labios y con muchas nostalgias en la frente.

Caía la tarde, y el sol radiante abría una rosa de luz en el verdor de la arboleda, y las montañas de Guadarrama, allá á lo lejos, eran de un violeta flotante, dulcísimo, salpicado de polvo de oro.

Poco después de puesto el sol, cuando una bruma tenuemente azul lo iba invadiendo todo, y por los caminos volvían las vacas, y de las ventanas abiertas surgían las limpias resonancias de los pianos del crepúsculo, se fueron las ni-

ñas delante de su madre. Yo las vi perderse á través de las enredaderas de la verja de hierro, acariciándolas con esta infinita piedad de mi alma, que se va hacia los enfermos, hacia los pobres, hacia las niñas..., hacia esas niñas feas y mal vestidas, que pasan por un mundo lleno de flores, sin flores; bajo un cielo azul, sin cielo en las pupilas; en silencio, como muertas, sin cuerpo para encerrar los encantos y las dulzuras de sus almas divinas, almas buenas condenadas á marchitarse en la miseria de una carne mal modelada, sin tentaciones de secretos, sin blancura para caricias ni frescura para besos.

En la monotonía de esta tarde gris, el sol, poco antes de ponerse, ha mandado un rayo de oro al jardín; y las acacias, finas y lánguidas, se han teñido de un verde dorado, suave y melancólico, del color de un viejo y claro terciopelo verde. Yo, desde mi ventana, he acariciado con los ojos y con el alma ese tono de tan infinita melodía, pensando en ese inocente pensamiento de que estoy en una de tantas estrellas, descubierto á la inmensidad. Este pensamiento suele amargarme por las tardes, cuando veo volver los rebaños lentos, al amor de la luna dorada, y los hombres, puntos oscuros en la claridad polvorienta de los caminos. Y he vuelto á pensar en ese sol distante que nos alumbraba con sus rayos largos y puros, y en que vivo ante este jardín que ese sol tan dulcemente dora; y he sacado un poco mi brazo y también el sol me lo ha teñido de oro. Y me dan ganas de llorar y de matarme, de acabar con esta horrible impotencia de nuestro cuerpo sin alas y nuestra alma con cuerpo.

Ya anochecido llegó una mujer muy enferma, enlutada y seria, y su hijo, un niño serio también, con una blusa gris y un cabello muy rubio. Estuvieron dentro un corto rato, y después de salir y de dar pasos indecisos por el jardín, vino la despedida, una despedida que yo presencié lleno de lágrimas y de piedades. La madre, amarilla y casi muerta, con esa rigidez de los pájaros que encontramos yertos entre las flores, con ese mismo tono pajizo de sus plumas frías en los cabellos, la pobre madre se inclinó con trabajo, y, sin llorar, puso un beso largo y silencioso en los labios del niño. El niño, una almita santa y triste, con unos ojos grandes y radiantes, se quedó quieto, sin atreverse á salir, sonriendo de una manera tan dolorosa, que mis labios mandaron desde su sombra un beso cálido, lleno de caricias y de caridad, á aquella frente blanca martirizada tan pronto por la espina de la pena. Yo sé que aquel niño se fué sin saber á dónde iba, sin darse cuenta de nada, y mi corazón, que se ha ido con el suyo,

me ha dicho lo triste de la explosión de las lágrimas inocentes en la primera noche de soledad.

A poco de salir, ya cerrada la verja, volvió el pobre niño, lento y callado, y con la amarga sonrisa en sus labios, dejó pasar su voz dulce y acariciadora y vibrante por los hierros: fué una despedida de niño ahogada y temblorosa, el adiós de un corazón florecido á un corazón amado entrañablemente y seco y frío.

La madre está ahí en un cuarto cercano al mío; son las dos de la mañana y aún no ha apagado su luz. Y yo, que tampoco he apagado la mía, la veo á través de las paredes desesperada y sollozante; y más allá de las acacias del jardín, y de la explanada, y de las luces, entre la gritería y el placer y la iluminación plateada de la gran ciudad, veo al niño perdido, solo, como un Jesús resignado y serio, con su blusita gris y su cabello de oro.

Juan R. Jiménez



LA "GIOCONDA,"

Sabréis que la publicación de la cuarta obra teatral de Gabriel D'Annunzio, sirvió, ya que no para decidir, al menos para hacer nacer la idea del teatro en el cerebro de los críticos italianos.

Antes que nada: ¿cuál es la idea esencial que el poeta ha acertado á imprimir? ¿cuál es la palabra nueva que él ha dicho en sus últimos libros? Yo creo que el viaje á Grecia, la visita á Assisi, y su permanencia durante un año entre los olivos de una quinta florentina, lejos del vano rumor de los hombres, sirvieron para hacer volver de nuevo á su espíritu, profundamente modificada, y con otra significación, aquella visión de la Naturaleza que en su primera juventud le asedió con una risa de colores y de formas. Hoy la Naturaleza se le reaparece con la frescura de entonces y con mayor limpidez; mas todos sus aspectos y momentos de vida tienen en la nueva aparición un significado más profundo. Recordad la escena de las golongrinas en el cuarto acto de la *Gioconda*.

Esta profundidad, ¿en qué consiste? Leed la *Ciudad Muerta*. El paisaje campestre que cierra el fondo de la escena fúnebre en el último acto, es una eficaz representación del estado en que se encuentra la acción iniciada entonces en el ánimo de los personajes. Todo ha concluído. Estamos en el reino de lo irreparable, puesto que no puede penetrar en él ni una esperanza, ni una posibilidad de renovación, ni el hálito de una vida nueva. Todo está cerrado para estos indecisos, todo ha acabado para ellos, cuando apenas comenzaba su vida; y sobre su alma, antes de que empezara á laborar, han pasado la fatalidad y la muerte.

En *El sueño de una mañana de Primavera* vemos, á través de la atmósfera de la floresta, penetrar un rayo de sol y

abrirse un horizonte hacia la esperanza. ¿No es Virginio el mensajero de un mundo sincero, no es la voz de la Naturaleza reivindicada, presente y consoladora?

En *El sueño de un crepúsculo de Otoño*, esta idea reaparece personificada en el jovencito por quien la dogaresa sufre tan atrozmente. Mas el recuerdo de la ardiente figura de Fedra en el *Hippolytos* de Eurípides, aleja al poeta de su intuición y no le permite aún expresarla de un modo completo, ni fecundarla en toda la potencia de su arte.

Finalmente, en la *Gioconda*, sale á escena la *Sirenetta*. Por medio de esta criatura, el poeta acierta á decir todo á lo que aspiraba en sus tres poemas teatrales precedentes; y es que la visión límpida y profunda de la Naturaleza, no se concede á quien, no habiendo sufrido mucho, no se ha hecho digno de contemplarla, como una aparición consoladora, y de esperarla, como una purificación invocada.

Ahora, ¿de que modo D'Annunzio ha expresado esta intuición suya?; mejor dicho, ¿cuál es la forma de vida que él la ha dado en su obra?

Según los griegos, el medio más poderoso de educación es la música, la cual, penetrando en el espíritu hasta su esencia, tiene la virtud de darle el ritmo moral y purificarle. Mediante la porción de los sonidos y los acordes, y la canción de los números nacida de su armonía, puede la música provocar en el alma movimientos semejantes á sus sonidos armónicos y hacerla vibrar con ellos: puede conmoverla, vencerla y darle la visión de un mundo nuevo.

La *Gioconda* no fué escrita sino para congregar á lectores, espectadores y personajes á oír y sentir la sobrehumana potencia del canto. La música, en forma verbal, en la sensación de las imágenes y de los periodos; la música,

evocada de la palabra y de las imágenes, por una ley misteriosa y sencilla, en el espíritu de los que la escuchan, es el medio adoptado por el poeta para conducir el alma triste de Silvia Settala hacia la purificación final. La Sirenata es el mensajero que la Naturaleza le envía cuando la cree digna de ser purificada y salvada: la Sirenetta una vidente dueña del canto.

—Tú sola me consolarás—le dice Silvia.

Ahora, ¿qué cosa le ha ocurrido á Silvia Settala? Oigamos de qué modo cuenta ella su historia: «La luz me faltó, y cedí al engaño de la vida. ¡Qué ceguera! tanto pretendí, que para obtenerlo me vi obligada á mentir. Me encuentro, ahora, mutilada, destrozada, en castigo á mi mentira. Había tendido violentamente las manos hacia un bien que me estaba vedado por el destino. No me quejo, ni lloro. Puesto que es preciso vivir, viviré. Quizá algún día se pacificará mi alma. Sentí nacer en mí esta esperanza escuchando la voz de aquella criatura sencilla y cándida, reveladora de las cosas eternas.»

Todo el libro de Gabriel D'Annunzio tiende á conducir el espíritu de los espectadores, y el alma de los personajes hacia alguna de aquellas *veritate aeternae*. ¿De qué modo lo consigue?

La obra compleja de D'Annunzio contiene un profundo conocimiento relativo á las cosas de la vida. Cuando sea posible escribir un estudio desapasionado y completo sobre el más grande de nuestros poetas contemporáneos, se conocerá por qué procedimientos del espíritu ha llegado éste, desde uno de sus primeros libros, en el cual representa *la miseria del placer*, á la *Gioconda*, donde se proclama la *potencia del dolor*. Gioconda Dianti, la dama que el poeta hace aparecer, velada, al fin, de que con su terrible misterio se manifieste su esencia de instrumento ciego de la Naturaleza, es la llama á través de la cual

pasa la vida de Silvia Settala, para salir purificada por el dolor y por la culpa.

Silvia ha cedido á la *antigua fatalidad de la mentira*; pero su misma fuerza íntima la impulsa hacia la purificación final. Los lectores conocerán su alma maravillosa, que sólo Eleonora Duse podrá revelar en la escena. Cuando ella vió por primera vez la estatua á cuyos pies intentó suicidarse Lucio, «sus ojos quedaron abiertos, impresionados por aquella maravilla; heridos, no por una visión de muerte, sino por una imagen de vida perfecta. Ella no se conmovió por el recuerdo de aquel sangriento hecho humano, sino por la aparición de la obra bella, inmune y solitaria. Ella ha recibido el beneficio sumo de la belleza, la tregua de su angustia, la pausa de sus temores. El fulgor sublime de la alegría ha traspasado su alma, sanándola por algún tiempo.. Y sus lágrimas no son otra cosa que la oferta ardiente y pura de su espíritu á la obra maestra». Ella ha pasado ya á través de un primer grado de purificación. La victoria será completa y la paz segura, cuando sea herida por el dolor y ligeramente contaminada por la culpa. El poeta conoce el valor de la culpa; sabe que no es posible arribar á la dichosa ribera donde reina la paz sin haber atravesado el mar de la desventura y del pecado. Ahora, la visión de este horizonte puro y sereno que se esboza más allá del mal, y el presentimiento de esta felicidad, dan al poeta un sentimiento trágico del humano destino concebido como una serie de renunciaciones y continuaciones necesarias. Esta visión es la única que permite á Gabriel D'Annunzio representar y dar forma de vida á un alma heroica, á un alma capaz de *recomenzar á vivir*.

En la presente obra, el alba de una nueva vida acompaña al noble espíritu de Silvia Settala en su viaje del martirio hacia la paz; y cuando lo abandona, y el espectáculo termina, ella es una penitente que ya ha expiado la culpa, por-

que es digna, no sólo de oír el canto de una criatura sencilla, las voces del cielo y del mar, sino de asistir en el supremo estallido de su corazón de madre, á un acto de la vidente que equivale á la más grande enseñanza y á la más alta iniciación.

Y quiero detenerme en este punto, porque de tantos como han escrito sobre la *Gioconda*, ninguno se ha acordado de esto, incluso nuestro Gargano, el cual publicó en *La Nación* un estudio concienzudo y sutil, acercándose infinitamente más que los otros críticos á las intenciones del artista. Cuando á Silvia Settala le presentan su hija, y la pequeña se precipita hacia el regazo materno, mientras la madre, privada de manos, retrocede horrorizada y dolorida, la Sirenatta cae de rodillas y «toca con la frente y con las palmas la tierra». Con este acto de la criatura, instintiva, con este abrazo á Demetra, á la tierra máter, á la generadora de la existencia, termina el libro. Esto contiene una intuición profunda y encierra una *veritas aeternae*. ¿Qué cosa es el abrazo de dos míseros brazos, ni qué el dolor de una madre angustiada delante de la maternidad de la tierra? ¿Y no basta el acto franciscano de la criatura humilde á compensar el abrazo materno? ¿Y no parece también que nuestra existencia es la sombra de un sueño?

En la *Gioconda*, Gabriel d'Annunzio obtuvo la mayor victoria á que puede aspirar un alma de artista: acertar á mostrar á través de su larga y admirable labor, la íntima esencia de su espíritu y de sus aspiraciones. El se ha re-

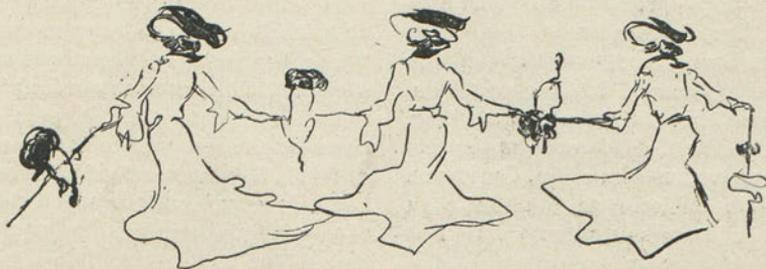
velado tal cual es en el fondo de su talento y de su corazón: un idealista místico, casi franciscano. Esta afirmación, que hará sonreír á muchos lectores, contiene una verdad que será demostrada luminosamente en sus libros próximos, comenzando en dos ó tres de publicación muy reciente. Yo, en tanto, por citar algún ejemplo, transcribiré el croquis, en el cual él expresa el éxtasis del espíritu delante de las golondrinas, sus hermanas del aire:

«—¡Mira, mira cuánta golondrina sobre el mar! Son más de mil: una nube viva. Mira cómo brillan; van á un largo viaje, á una tierra remota. La sombra camina con ellas sobre el agua. Algunas plumas caen. Se hará el crepúsculo. Encontrarán la barca en alta mar; verán el fuego; oirán los cantos de los marineros, que extáticos las ven pasar, rozando las velas con el ala. Alguna caerá muerta sobre el puente.

Una tarde, una nube de golondrinas se posará sobre un barco, cubriéndolo todo, como un paso de tordos en un árbol. Los marineros no las tocarán; no se moverán por no despertarlas. Y como no habrá nadie sobre el cepo del ánora ni en la barra del timón, aquella noche la barca navegará á la ventura, bajo la luna.»

En esta aspiración al canto; en esta reevocación del pasado; en este regreso al coro antiguo, se contiene principalmente lo que formará la vida del drama nuevo. Y con la sola condición de hacer renacer en la escena el canto, será posible crear la tragedia moderna.

Angelo Conti.



NEURÓTICA

Tu faz pensativa, después de la cena,
parece una blanca mística azucena
que al peso de un sueño se inclina amorosa,
—al peso de un sueño donde arde el Champaña—,
como una flor nueva de la flora extraña
del mantel lujoso de damasco rosa.

¿Por qué en tu mirada vive la tristeza?...
¡Oh flor de neurosis de extraña belleza,
á mi amor unida con casuales lazos;
pecadora pálida de blondo cabello,
dame tus amores y ciñe á mi cuello
el collar ebúrneo de tus blancos brazos!

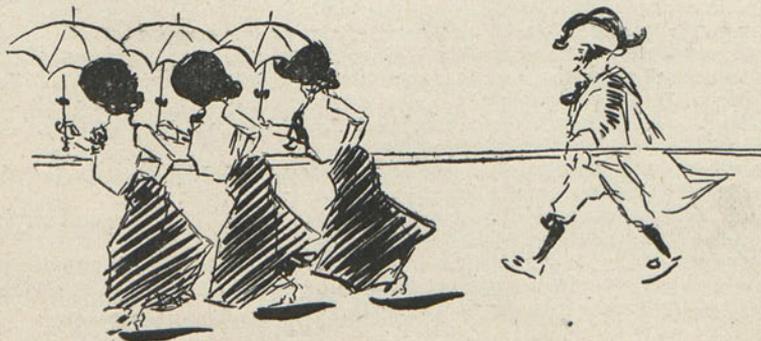
¡En el seno augusto de la noche cálida,
bésame, divina pecadora pálida!...
¡Placer tan intenso que casi es martirio
me dan tus abrazos... y cuando me besas
brillan tus pupilas como dos turquesas
sobre tus ojeras de color de lirio!

Tu cuerpo escultórico, flexible y suave,
que tiene la etérea soltura del ave
y me hace mimosas caricias de gata,
bello, delicado, tentador relieve,
resalta desnudo, cual mancha de nieve
sobre los divanes de raso escarlata.

Viendo sus graciosas líneas ondulantes,
sueño con lascivos faunos y bacantes;
resonar los sistros y las flautas siento...
¡Mame divina, ¡la vida es tan corta!
Mañana... mañana... ¡Mañana qué importa,
si hoy somos felices siquiera un momento!

Al peso de un sueño donde arde el Champaña,
¡oh flor de neurosis picante y extraña!
de la vida estúpida olvido el martirio...
el martirio... sueño... sueño... Tú me besas...
Tus pupilas húmedas brillan cual turquesas
sobre unas ojeras de color de lirio!...

José Durbán.





“À MUSA LOIRA,”

Eduardo de Barros Lobo, que firmó sus escritos con el seudónimo de *Beldemonio* fué uno de los más brillantes prosistas de la generación de Fialho d'Almeida, inclinado á la sátira, por su alto amor á la justicia.

Rendido constantemente á las necesidades de la vida, no pudo legarnos obra en tomo. Sin embargo, sus numerosos artículos y las notabilísimas traducciones de los *Rougon-Macquart* y de *Sapho*, especialmente esta última, demuestran hasta qué punto consiguió hacer maleable á la lengua portuguesa.

En los últimos años de su accidentada existencia de bohemio coleccionó en un volumen pequeños cuentos magistrales, pequeñas impresiones, obras maestras de observación y de estilo. A ese número pertenece «A Musa Loira», de la cual publicamos un cuento. Esta obra tiene por objeto el análisis psicológico de la infancia, como el reciente libro de miss Shinn (*The Biography of a baby*) y las primeras páginas de *Pierre Nozière*, de Anatole France.

Tales cuentos representan la última fase intelectual de *Beldemonio*, aquella en que el espíritu crítico del autor, despojándose de su carácter subjetivo, se dió á investigaciones naturalistas en el más amplio y noble sentido de esta palabra.

Así y todo, la tristeza de no poder realizar sus ambiciones, la amargura de verse preterido siempre por la chusma de los mediocres, lo acompañaron hasta la muerte.

Silva Pinto, el polemista incansable, consagra algunas páginas de sus más recientes obras á la memoria de Barros Lobo. Son de él, en la *Moral de João Braz*, las siguientes líneas:

«Decía una vez *Beldemonio* al pequeño Marius, á propósito de pretender la madre de éste castigarlo por una falta de limpieza:

—¡Deja hablar, Marius! Dile á tu madre que por muchas faltas de limpieza que cometas, serás siempre más limpio que los hombres de hoy.»

Esta envenenada frase de escéptico, tal vez creada por Silva Pinto para darnos en síntesis el carácter del autor de «A Musa Loira», muestra claramente la índole de la obra y la torturada vida de *Beldemonio*.

Manuel Cardia.

BEBÉ ELOCUENTE

Amanece. La vida nocturna de las calles, artificial, insalubre, tiene en esa hora el cabecear irresistible y fatigoso del que se sumerge inertemente en el sueño. Se hizo el silencio universal: un aniquilamiento del mundo. Deja de oírse el rodar noctámbulo de los carruajes. Dentro de algunos minutos resonará el grito de la primera golondrina: frescura ideal de música en la ideal frescura del aire.

Compás de reposo. Se puede escuchar el silencio, pesado, casi concreto. Anda á lo lejos, tenuísimo, imponderable, algo así como un derramamiento de vapores en una exhalación de aromas. La alborada tiene un imperceptible matiz blanco, como si la albura de unas cuantas gotas de leche se hubiese disuelto y arrastrado á lo largo del Oriente.

Un débil murmurio canta en el ambiente la sordina misteriosa de la savia y de la tierra que entra en la sagrada faena de crear. El rumor de un paisaje que despierta al día con vacilaciones adorables, derrámase en la albura del crepúsculo. En sus nidos las aves despiertan, desperezando las alas y haciendo balancear los árboles. El picotazo de un pajarito en un castaño derrama en el espacio un *tring-ling* musical de gotas de rocío rebotando entre el follaje. Una hoja de acacia, muerta durante la noche en los brazos de su madre, cae al romper el día sobre la tierra, que tiene hasta los confines del horizonte un cabecear de toro amarrado por las astas. Despierta el mundo, y parece que en el aire sentimos diluirse en pálidas vibraciones la dulce penumbra de un formidable mugido.

* * *

Entonces Bebé, madrugador y sano como un rayo de sol, despierta al arrullo amoroso de una tórtola que en los aleros del tejado canta su amor al cielo que

empieza á anaranjarse. Y de espaldas, inmóvil, muy abiertos los grandes ojos negros y húmedos, escucha atentamente. En frente, en el hueco de las cortinas de la ventana, la jaula azul y blanca de su jilguero pende como una esfera armilar invertida. El pajarito duerme con la cabeza oculta en las alas. Y Bebé mira, profundamente interesado por aquel espectáculo, que duerme mientras él vela. En ese momento un resplandor, en el que relucen al mismo tiempo el oro, el rosa y la plata, incendia un canto de la ventana... El jilguero despierta, desespera alternativamente las alas, sostenido en un solo pie.

Bebé se siente acompañado en aquella alcoba donde hasta entonces velara solo, entre dos respiraciones que le humedecían las mejillas. Su pecho, que aún no abulta en las ropas, lanza un suspiro de satisfacción: el jilguero es su protector, un hermano más viejo.

Y blandamente, sin mover el cuerpo, vuelve la cabeza hacia la derecha. Su mirada sonríe; su boca sonríe. Dice para sí:— «¡He ahí á mamá!—Balbucea bajito, muy bajito, en secreto.

—«Mamá».

No sabe aún otra palabra; por eso la repite sin descanso. Mas en su pequeño cerebro de nueve meses fulgura de pronto la claridad de una idea. Toda su fisonomía toma de repente un aire grave y atento: *He aquí el...* ¿Quién? ¡Ah! Bebé no sabe decirlo. Bebé sufre; sufre por no saber. . Vuelve todo el cuerpo con un gran esfuerzo para no estremecer el lecho; ¡sería para él el despertar de un mundo! Mira henchido de una reflexión que arruga su frente y contrae sus labios. Siéntese lleno de una inmensa afeción orgullosa por aquella fuerte criatura de grandes bigotes que todos los días le besa y le sonríe, que todos los días le

habla con entonaciones de voz enternecida, que no son sus entonaciones habituales, y á quien él apenas sonríe... Quería hablarle también, decirle alguna palabra como *mamá*; esa palabra que al salir de sus labios era siempre festejada con clamores de júbilo. ¡Y no sabe! ¡Bebé no sabe! Extiende mansamente una de sus manecitas, que para en mitad del camino: iba, en una tentación inocente, á pasarla con mimo por aquella faz de hombre que dormía á su lado. En el silencio, atravesado por un rayo de aurora, sus ojos anuncian de repente una dilatación triunfal. Recuerda, como si un eco lejano lo hubiere repetido en su memoria. Y balbucea bajito, muy bajito, en secreto:

—¡Pa!...

Mas sus labios traicionan su voluntad. No se escapa de ellos sino aquella sílaba muda que Bébé adivina inexpresiva, fría como un beso dado sin gusto. Su triunfo, su victoria, cae en un desaliento de vencido. Siéntese consternado. En tan horrible impotencia su boquita se afila para llorar y en sus párpados hay una titilación de lágrimas. A pesar de todo, Bébé se rehace; quiere acabar, quiere acabar de recordar...

Y vuelve de nuevo á su inmovilidad, á su embebecida reflexión, delante de aquel rostro de hombre que duerme á su lado, y al que tantas veces viere sonreírle. Se forma en su cerebro infantil un trabajo ciclópeo de nociones vagas, que forjan á fuerza de brazo, sudando jadeantes, una idea. Bébé va á descubrir, en un rasgo de genio. la incógnita de

aquel problema formidable. Las pupilas, los labios, toda su fisonomía, expresan la concentración de la energía en una voluntad fija, la gestación sagrada del ideal. Repite bajito, muy bajito, en secreto, como para establecer una concatenación de términos:

—¡Pa!...

¡Oh, sí! A pesar de toda su mudez, aquella es la primera nota de esa música que Bébé siente cantar en un rincón de su memoria muy lejos, como esas canciones que se reflejan desde la infancia en el cerebro de los viejos, á través de los años que las apagaron. Bébé redobla su concentración. Casi podría cogerse á flor de su frente, tan límpida como un alabastro, la vibración de una cuerda aprisionada de arpa. Y de repente, bajito, muy bajito, en secreto:

—¡Pa!...

Triunfa súbitamente con un grito:

— ¡Papá!

Y en todos los tonos cantantes, en un escándalo que hace revolotear al jilguero sorprendido, Bébé repite:

¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!...

Y el papá despierta de pronto ante aquel clamor delicioso que se funde en el sol ya radiante. Bébé se le ha abrazado al cuello. ¡Qué feliz despertando en pleno sueño de rosas! Hay besos en sus labios y una nube de lágrimas en sus ojos, como si aquella palabra: ¡Papá, papá, papá!, acuñase en el oro fino de su música todo el amor y toda la vida de su alma.

Eduardo de Barros Lobo
(Beldemonio.)

